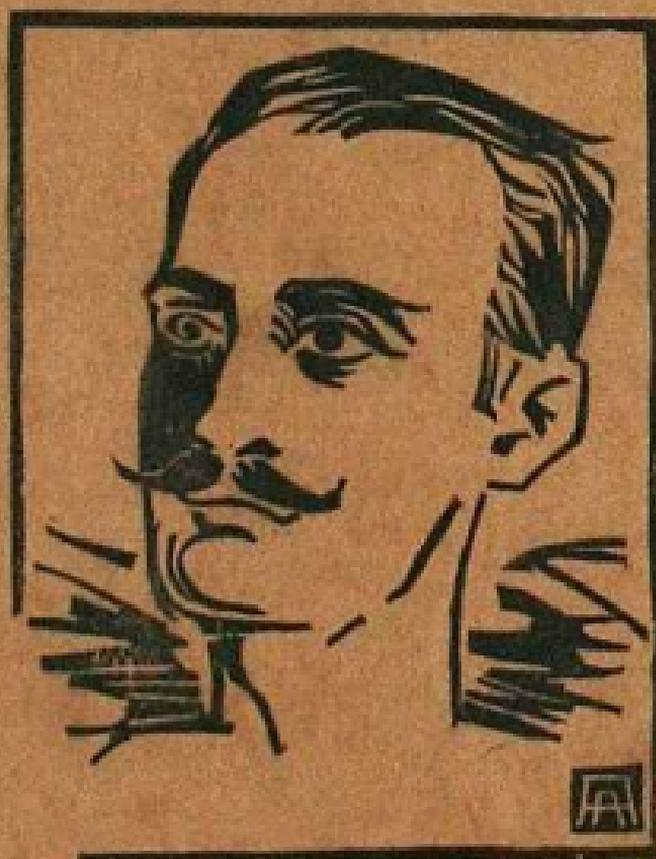


4817

923

# LLEGO A LA GLORIA POR SU PROPIO ESFUERZO



Homenaje de los alumnos de la Escuela Superior "Luis Cordero", al distinguido periodista y autor de importantes libros, Don Manuel J. Calle, en el Día del Libro.

Abril 6 de 1940.

Cuenca—Ecuador S. A.

Tip. Universidad.

of 132060

## Biografía sintética de Manuel J. Calle

La Noche Buena... la pascua blanca de las almas: la noche en que se conmemora el dulce idilio con que principia el poema divino de la rendición humana: la noche de los ensueños y del misterio en que los niños ricos esperan los regalos de Noel y los niños, sin pan y sin abrigo, esperan también los regalos... de la caridad pública: la Noche Buena de 1866 nació Manuel J. Calle endeble y pobre, sin ninguno de los signos con que el mundo reconoce la grandeza; pero, quién lo creyera, nació predestinado para la lucha en el infortunio y para el triunfo por el propio esfuerzo, porque a ese cuerpo, estenuado y chiquitito aletaba una alma noble, dotada de inteligencia superior, de férrea voluntad y de gran valor moral para empresas trascendentales como lo comprobó durante su vida agitada y dolorosa.

Creció el niño merced a los múltiples y solícitos cuidados de la madre abnegada, que reparaba, en doble porción, las caricias y ternuras, para el hijo enfermo y desvalido.

Al concurrir a la Escuela Primaria, muy pronto descifró el enigma de las letras y aprendió a leer, deletreando las primeras nociones del saber humano con una facilidad sorprendente. En la lectura, ninguno de sus contemporáneos ha podido igua-

larle, ni en la rapidez cuando la lectura era mental, ni en la elegancia y claridad cuando leía para el público. Desde entonces, desde la Escuela, la única, o cuando menos la más dominante pasión de Calle fué la lectura, y el libro su compañero inseparable.

Calle, taciturno y tímido, se alejaba de sus compañeros, porque ya la mediocridad dorada, empezaba a lanzarle rechiflas de mal disimulada envidia al muchacho que se sobreponía aun entre los más adelantados. Por otra parte, Calle acaso por falta de vista (era míope); acaso por falta de fuerzas físicas; acaso por soberano desprecio a los envidiosos o infatuados que pretendían oprimirle, no jugaba jamás, ni siquiera le entretenía los juegos de sus compañeros, por más amenos y bulliciosos que fueran. En un rincón cualquiera, lo han referido sus coetáneos, se le veía a Calle con el libro, y siempre con el libro a la mano.

Terminadas las Enseñanzas Primaria y Secundaria con lucidez y aplauso, Calle ingresó a la Universidad, como alumno de Jurisprudencia y Ciencias Políticas y Sociales; y en ese entonces, siendo ya más que aprendiz de literato, fundó con otros distinguidos muchachos el Ateneo para ensayarse mejor en las lides del pensamiento.

Fué en esa época que conocí a Manuel J. Calle, cuando era yo, cachifo de pantalón corto, según el decir de él, alumno del Segundo Curso de Latinidad y fui llevado al Ateneo, en calidad de *socio aprendiz* por el docto Preceptista y Retórico Dr. Juan José Ramos, Director de esa Asociación Literaria.

Calle, por qué no confesarlo en estas confidencias, escritas para los niños de la Escuela Superior "Luis Cordero", me mimó desde el momento en que nos vimos; me nombró editor de un periodiquillo manuscrito que redactaba para los ar-

chivos del Ateneo, y me llamó de *discípulo* suyo, aconsejándome, ensayándome y aplaudiéndome, hasta el extremo de llorar emocionado, al abrazarme con la ternura de hermano, cuando me coronó la fortuna acaso, en un Certamen de Literatura; y más tarde, cuando alcancé no sé qué otro triunfo, escribiendo Calle en uno de sus estudios de crítica un elogio a mi modesto y afortunado esfuerzo, concluyó más o menos, con esta frase: yo le desperté a la gloria, cuando viéndole cansado de jugar, hacía que en cosas graves se ocupase su alma...

Pero, duró muy poco tiempo, la permanencia de Calle en el Ateneo: sintió en su alma sedienta de infinito, atormentada, aherrrojada, por las clases sociales que se llamaban afortunadas, ese fuego que es tentación y estímulo, la rebeldía contra los opresores. Escribió con su condiscípulo y amigo, Víctor León Vivar artículos de combate, en un periódico—El Pensamiento—que lo redactaban fuera de los claustros de la Universidad. Y estos artículos fueron causa para que Calle truncara su carrera profesional.

La rebeldía de Calle—es preciso decirlo—no fué esa rebeldía plebeya de motín, indisciplina, ansia loca de figurar, concupiscencia de honores, mediocridad de aspiraciones. Calle no tuvo rastreas pasiones, ambiciones ruines: nació para el vuelo, nació para las cumbres: no ascendió arrastrándose, como el escarabajo de la fábula, a la altura donde anidan las águilas. Calle sintió la rebeldía de Prometeo encadenado, contra los falsos dioses del olimpo: Calle sintió el ansia suprema de Sisifo en la abrupta y resbaladiza pendiente del destino.... Calle no tuvo nunca ni la cobardía del anónimo ni la cobardía de la blasfemia.—Luchó de frente, con la cara al sol, ensangrentado muchas veces y sin escudo ni coraza. Luchó contra lo humano..... y deificó lo sagrado.....

Pero, basta: truncada la carrera profesional de Calle su permanencia en Cuenca era estéril y penosa. Empezó su peregrinaje en busca más que de pan (nunca le preocuparon las riquezas, las comodidades materiales) en busca de alimento para el espíritu, de escenario para sus empresas.

Guayaquil, la hospitalaria y culta ciudad que tiene abierto el corazón para todos los que a sus puertas llaman, y mucho más si es un cuencano, quien solicita albergue en sus lares; Guayaquil recibió cariñosamente a Calle..... y allí tuvo pan, tuvo afectos, tuvo gloria que hasta entonces se le había negado.....

Calle, iniciado ya de periodista obtuvo colocación bien remunerada y honrosa en la prensa de Guayaquil, donde pronto empezó a figurar en primera línea.

Hábil y ameno cronista: luego diestro comentarista de noticias y erudito literato, se dedicó a la crítica literaria para depurar el gusto artístico de la juventud y defender la pureza de la lengua y los fueros de la gramática que necesitaban estas disciplinas no ejercitadas por nadie, después de la Ojeada histórico-crítica de Juan León Mera que, en su tiempo, dió opimos y saludables frutos. También escribía por esos años pintorescos y vividos *Cuadros de Costumbres* tan importantes para el estudio de la psicología social.

Después de la transformación política del año 1895, Calle perito ya en escribir editoriales de periódico y artículos de polémica y de problemas políticos, se convirtió en fustigador de tiranos y sino de director, de intérprete de la conciencia ciudadana, despertando el patriotismo nacional para las conquistas del derecho contra la fuerza y el despotismo.

Grandiosa y triple misión la de Calle: defender el idioma, la literatura y las garantías nacio-

nales. En esta labor de inmensa actividad, ocupó la vanguardia, inundándose de gloria y llegando a ser algo así, como un ídolo del pueblo; pero, llegando otras veces al vejamen, la persecución y hasta la injuria de sus poderosos enemigos.

Es verdad que Calle fué mordaz, cruel e inmisericorde con algunos escritores o políticos; pero ello, diré parodiando a Quintana, fueron cosas del tiempo no de Calle.... Además en las luchas despiadadas de la política obró a inspiración sino del odio, del rencor que no es buen consejero y que lo sienten también las almas buenas.

Sí; porque Calle nunca odió a nadie: tenía un alma generosa y blanca. Fué hijo cariñoso y humilde; padre abnegado y tierno; hermano afectuoso y amigo leal, sincero y franco.

Esta fecunda labor de Calle como periodista y luchador incansable, no le aplebeyó ni en sus nobles sentimientos ni en su lenguaje aristocrático, elegante y lleno de donaires y de típicos decires; o sea, nunca dejó de ser el literato correcto, castizo, académico; y por ello, mientras escribía de diario, crónicas, editoriales, comentarios y artículos de todo género, entre los que descuellan sus famosas *Charlas*, publicaba Revistas para literatos, de la importancia de *Semana Literaria*, *Ilustración* (una de sus épocas), *Revista de Quito* y otras, colaborando en muchas, dentro y fuera de la República.

Además de esto, publicaba novelas, como "Carlota; libros importantes, como *Legendas del Tiempo Heróico*, *Biografías y Semblanzas*, *Legendas Históricas de América*, *Figuras y Siluetas*, *Juan Murillo Miró*; y opúsculos de controversia, como *Cuestiones del Día*, *Tengo la Palabra*, *Algo sobre los Jesuitas*, *Un viejo Artículo*, *Señores y Amigos*, etc., etc.

En su vida pública, Calle desempeñó con

acierto y competencia, tres altos cargos de notoria importancia y muy honoríficos: Diputado a Congreso, Director General de Estadística y Ministro del Tribunal de Cuentas.

Ocasionalmente fué militar, con grado de Comandante; reconocido por el Jefe Supremo General Alfaro; y como es anécdota curiosa saber de qué manera llegó a ingresar en el Ejército, lo referiré con todos sus detalles que dan a conocer además, rasgos típicos del carácter de Calle, en las intimidades de su vida privada.

Cierta ocasión llegué a Guayaquil, y como de costumbre, entre las primeras visitas, recibí la de Calle, quien traía un cuaderno a la mano.

Después del saludo y de las frases protocolarias de bienvenida, me interrogó, ceremoniosamente:

—¿Imaginas que te traigo ahora, como recuerdo de cariño?

—Ya lo sé. Buena lectura; quizá alguna obra tuya.

—¡Qué barbaridad! Es el retrato de un *Héroe* a quien tú conoces mucho..... y entresacando de las páginas del folleto una fotografía, me la presentó.

Era el retrato de un militar que llevaba una gorra más grande que la cabeza, gorra que descansaba sobre las orejas y cuya viciera le cubría los ojos. Tenía una espada enorme que se apoyaba en el suelo: era, no como dijo Quevedo, un hombre a una nariz pegado, sino un militar a una espada ceñido.

—¿Qué significa esto? le pregunté sorprendido.

—¿No me reconoces?

—Ah! ya..... ¿Eres tú?..... Pero, cómo, cuándo: nada he sabido de tus fazañas por los campos de Montiel....

—Ja, ja, ja... óyeme, chico, como fué esto. Después de la caída del Gobierno interino que remplazó al constitucional de tu suegro don Luis Cordero, tres amigos residentes entonces en Quito emprendimos viaje para Guayaquil con el objeto de *hacernos presente* al General Eloy Alfaro, caudillo liberal que había llegado a ese Puerto, después de la *transformación* del 5 de Junio.

El viaje, aunque penoso (en manso animal cabalgando) lo hicimos alegres y en cordial camaradería; pero, en llegando a Balsapamba, uno de los compañeros, nos dijo, con tono grave y solemne:

—Bien! Es preciso que antes de llegar a Guayaquil tengamos Grado Militar. Yo, seré Coronel; tú (le dijo al otro amigo) serás Comandante, y tú (me dijo, dirigiéndose a mí) Capitán...

De improviso yo lancé una carcajada; mas, el compañero Comandante, replicó con seño frunido y en tono altanero:

—Eso nó... Yo soy el Coronel, y tú el Comandante.

Y como ambos estaban nerviosos, y la disputa entre ellos, subía de punto, me interpose diciéndoles con toda cachaza:

—Señores y amigos, yo juzgo que bien caben en el Ejército dos gallardos Coroneles, bautizados en esta gloriosa jornada de Balsapamba....

—Qué perspicacia, dijo el uno, y estrechándole la mano, exclamó: Somos Coroneles!

Terminado este chusquisimo incidente, continuamos nuestro viaje, con más alegría y más ilusiones.

En Guayaquil nos alojamos en un modesto y apartado cuartuco, donde me dejaron sólo los compañeros, porque mis vestidos por demás estropeados y hasta desgarrados por el largo viaje, no me permitían presentarme en público.

Y cuál mi sorpresa y mi contento al verlos

retornar a mis amigos, trajeados como Coroneles en vestido de parada con un paje que me traía mi *traje de Comandante*, pero sin gorra y sin espada... porque ya no había en los almacenes del Estado.

A poco, orden del General Alfaro para presentarme a su despacho, en el término de la distancia.

—Cómo puedo hacerlo? observé al joven Edecán que me trasmitía la orden del General, cuando estoy sin quepis y sin espada?

—Bien, se lo comunicaré al General... y fue-se de seguida.....

La respuesta fué enviarme un quepis y una espada fenomenales... y con ese lucido disfraz fui al General, quien me reconoció, en el grado de Comandante.....

La vida de Calle llena de anécdotas, de tragedias y tan trabajada consumió rápidamente su constitución débil, y en los primeros días de Octubre de 1918 cayó gravemente enfermo. Murió resignado y sereno el 6 de dicho mes y año.

Calle ha tenido muchos honores póstumos; y en estos días se ha constituido aquí en Cuenca su tierra natal, un Comité para erigirle un monumento de bronce y mármol. Mientras se realice tan noble proyecto, gloria es para Cuenca que los alumnos de la Escuela Luis Cordero, le levanten en sus corazones, con la admiración y el cariño ese otro monumento más durable que el bronce.

REMIGIO ROMERO LEÓN.

**Envío de la Biblioteca Infantil Escolar**

**“Modesto Chávez Franco”**

**Cuenca—Ecuador S. A.**